

El nacimiento de los ciudadanos

GUY HERMET

Traducción de Conrado Tostado

UNQUE EL FUTURO de los países musulmanes o africanos nos parezca incierto, no debemos creer que existen ciertos pueblos "predestinados" a la democracia y otros, en cambio, condenados a ignorarla, por naturaleza. Algunos pueblos están más inclinados que otros hacia la economía, por ejemplo, o hacia la cultura, pero esto no garantiza su éxito en la carrera de obstáculos que es la democratización.

Desde luego, lo anterior no justifica la proclamación de una ingenua igualdad de oportunidades en el camino de la libertad. Ciertamente, no se puede entender el surgimiento de la democracia como un producto, fatal, de cierta herencia que la volvería más natural aquí y más improbable allá. Con todo, no debemos adoptar con beatitud estas ideas. Por lo demás, sigue siendo cierto que la democratización debe sortear, de inmediato, tres escollos, si no quiere ser ficticia. El más notorio, por el momento, es el paroxismo nacionalista que flagela al viejo mundo comunista. El segundo, el foso abierto en la memoria de los pueblos, por falta de tradición democrática o por las contradicciones surgidas de una larga historia de fracasos y de corrupción de gobiernos representativos que, en su época, fueron percibidos como parodias sinistras. El tercer escollo toca un aspecto crucial: ¿cómo convertirse en ciudadano? No hay democracia sin demócratas, tanto en la base como en las cúpulas. Tampoco hay demócratas sin ciudadanos dispuestos a tomar a la democracia tal cual es y no como no es: más como una buena regla del juego político que como una palabra mágica que disipa las miserias del mundo. Por supuesto, afirmar que el desafío de la democracia se traduce en educación de los ciudadanos no nos ofrece una receta pedagógica, sin la cual, no obstante, no podríamos hacer nada.

EL NACIONALISMO CONTRA LA DEMOCRACIA

Resulta paradójico, incluso si los horrores de Vukovar, Dubrovnik y Sarajevo parecen justificarlo, oponer el sentimiento nacional al espíritu de la democracia. A fines del siglo XVIII, cuando los pueblos de Europa mataron a sus reyes —de modo literal o figurado— como símbolos de la legitimidad, hasta ese momento sagrada, del poder, los gobernantes buscaron, con urgencia, otra legitimidad, la de la

soberanía nacional, y la acapararon, de inmediato, con el cómodo pretexto de la teoría de la representación.

A principios de la Revolución, el abad Gregoire dijo refiriéndose al pueblo —no al monarca—: "Todos los miembros de la soberanía son admisibles en todos los puestos". Incluso, añadió: "Es deseable que todos puedan desempeñarlos y regresar, en seguida, a sus profesiones agrícolas y mecánicas". Pero resulta claro que, en este último caso, se trata de una amabilidad gratuita. Lo importante, en ese momento, era inventar una nueva legitimidad, fundada en el derecho, que algunos se arrogaban, de gobernar en nombre de un pueblo —al que se prefería llamar nación—, para excluir a los perturbadores que quisieran tomarse en serio su soberanía. Por lo tanto, había que crear una nación impotente para ser soberana y reorientar la identidad colectiva de sus habitantes. Y esto se hizo, en primer lugar —y en todas partes—, por medio de las guerras revolucionarias o napoleónicas, utilizadas como derivados de la violencia popular. Y más tarde, a largo plazo, por medio del sistema de enseñanza "nacional" y el servicio militar obligatorio. Luego, un desliz involuntario de la ideología de la nación hizo que sus inventores cayeran en la trampa de su discurso: los gobernados les tomaron la palabra y exigieron un poco de democracia, no sólo el honor de ser representados por mandatarios que ellos no elegían, ni siquiera en la época del sufragio censal. Una vez creado, el sentimiento nacional fue irreversible y la democracia se convirtió en la hermana ilegítima de la nación y el nacionalismo.

Visto con detalle, el problema es, seguramente, más complejo. Si bien Erick Hobsbawm nos recuerda que el linchamiento simbólico de los reyes obligó a los detentores del poder a exaltar la soberanía de la nación, de la cual procede la reivindicación democrática, Ernest Gellner anota, por su cuenta, que la necesidad, creada por la revolución industrial, de volver más homogéneas las sociedades fragmentadas en el plano cultural, reforzó la obligación de todos los estados de trabajar, metódicamente, en la formación de identidades nacionales compartidas por el conjunto de la población. Es necesario distinguir muy bien ambos fenómenos, para no incurrir en el especioso juicio de valor que consiste en otorgar una calificación demasiado positiva al Estado-nación para condenar mejor al nacionalismo.

Por desgracia, es algo muy delicado, pues se entiende a la nación de modos tan contradictorios que resulta difícil atribuirle, de buena fe, el *satisfecit* que muchos le quisieran otorgar. El primero, frecuente en países viejos, unificados

* Capítulo del libro *Les désenchantements de la démocratie*, Fayard, Paris, 1993, de próxima publicación en el FCE.

hace mucho tiempo, como Francia e Inglaterra, la define dentro de una perspectiva cívica, electiva e individualista. Para ella, la nación es el resultado de la asociación, supuestamente voluntaria, de ciudadanos que, al reconocerse en valores comunes legados por la Historia, suscribirían una especie de contrato tácito de sometimiento al gobierno, con el fin de garantizar mejor su destino común. Esta es la concepción que el abad Sieyès prefigura en su libro *¿Qué es el tercer Estado?*, cuando asimila la nación a “un cuerpo de asociados que vive bajo una ley común, representada por la misma legislatura”. John Stuart Mill y Ernest Renan mantuvieron esta concepción en el siglo XIX. El primero designa a la nación como una reunión de hombres que “quiere vivir bajo el mismo gobierno y quiere gobernarse a sí misma, o bien, por medio de una parte de sí misma”; el segundo, enuncia su célebre frase “La existencia de la nación es un plebiscito diario”. Los únicos defectos de estas dos visiones radican, en primer lugar, en que el plebiscito que tanto quería Renan nunca se llevó a cabo en el sentido literal; en segundo lugar, en que el Estado-nación forma a los ciudadanos y no lo contrario; y por último, en que el pacto tácito que somete a los ciudadanos al Estado-nación es, al mismo tiempo, inexistente e irrevocable. Por lo demás, todo esto produce, finalmente, manuales de historia estilo Ernest Lavisse. En ellos se puede leer, al respecto: “Francia es la patria más justa, más libre y más humana”. Y el *affaire Dreyfus* lo confirma, sin lugar a dudas...

El mérito del segundo modo de concebir a la nación radica en que es menos hipócrita. Es, al mismo tiempo, cultural, colectivo y, con frecuencia, étnico. La formuló Herder, en Alemania, a principios del siglo pasado. Postula que “la política crea a los estados y la naturaleza a las naciones”. Dicho de otro modo, aunque el objetivo sigue siendo el Estado-nación, la nación lo precede y lo trasciende, en lugar de constituirse bajo su égida. El alma colectiva de Joseph de Maistre o el *Volksgeist* —“espíritu del pueblo”— de los románticos alemanes han sido modelados, desde hace mucho tiempo, no por un Estado, sino por una lengua común, algunos valores y un modo de vida compartido, a veces por una religión más o menos distintiva y, de modo todavía más vago, por cierta intimidad étnica. Sin embargo, también esta nación se presenta como un valor universal y liberador, con la única reserva de que la libertad que reivindica no se aplica al individuo, que se asociaría voluntariamente con otros individuos: se aplica a la comunidad entera, cuyos miembros no tienen más opción que la de querer ser semejantes, por su cultura o por su aspecto. Dos puntos de esta “nación-genio”—utilizo la distinción de Alain Finkielkraut— contrastan con la “nación-contrato” de John Stuart Mill o de Renan. Por un lado, se impone de modo obligatorio, a la manera de los lazos de sangre. Por el otro, es, en cierto modo, apolítica, pues no supone ni la acción unificadora del Estado ni una fórmula precisa de gobierno. Su héroe es El Pueblo, pero ese pueblo no es, necesariamente, soberano ni democrático.

Estos rasgos de la “nación-genio” corresponden con los del nacionalismo que, hoy día, no perdonan los eruditos. Quiero decir, el que Gellner designó al declarar que “El nacionalismo es, esencialmente, un principio político que proclama que la unidad nacional y la unidad política deben ser congruentes”, y precisa: “el sentimiento nacionalista es

el sentimiento de cólera que despierta la violación de este principio, o el sentimiento de satisfacción que procura su realización”. Desde esta perspectiva, el nacionalismo sólo se manifiesta, con todo vigor, en las sociedades que se han constituido tardíamente en Estado, o bien, en las que todavía no lo han hecho. Sin Estado, o con un Estado reciente, el sentimiento nacionalista se apoya, prioritariamente, en el reflejo de la “nación-genio”, como en Alemania, antes de 1945, en la Italia de Mussolini y, hoy día, en Europa Central, Oriental y en la antigua Unión Soviética. Por el contrario, el sentimiento nacionalista se entibia, amablemente, en la “nación-contrato” de los países viejos, provistos, tempranamente, de un aparato estatal, de un territorio claramente delimitado y homogeneizado desde hace tiempo. Si el nacionalismo territorial de los franceses se ha vuelto clemente y escéptico es porque han tenido a bien olvidar las guerras de Albi. Y si el de los serbios y los croatas sigue siendo agresivo es porque las guerras religiosas los desgarran, aún en este instante.

Esto no significa que el nacionalismo de los furiosos esté menos construido que el de los tranquilos de los Estados-naciones establecidos desde hace tiempo. En ambos casos se percibe, en dosis diversas, un elemento popular que se remonta, por lo menos, hasta el siglo XVII. Un elemento sanamente difundido por las élites que lo han utilizado —y todavía lo utilizan— para fortalecer su poder, o para acceder a él. Pero una diferencia fundamental los separa, en otro plano: la obligación nacionalista y la referencia a la democracia. En los viejos Estados, el nacionalismo, antes de caer en desuso, siguió siendo más o menos facultativo. Paralelamente, la idea nacional se casó con la de la soberanía popular y se constituyó en su aval. Por el contrario, las naciones sin Estado tuvieron que convertir a su nacionalismo en un imperativo para toda la población, cultural o étnicamente aceptable, ya que no contaban con otro cemento. No querían seguir sin Estado, sino curar su frustración nacional, real o artificial, construyéndolo, con urgencia, a solas contra todo y, en esta tarea, hicieron a un lado las sutilezas democráticas. La democracia debió parecerles accesoria o, incluso, un subterfugio para paliar sus heridas, sin remediarlas.

El síndrome no es reciente. Se presentó en Alemania y en Italia, incluso participó en la eclosión del nazismo y el fascismo. Condujo al socialista austriaco Karl Renner a aplaudir la *Anschluss* en 1938 y al independentista irlandés Frank Ryan a ofrecer sus servicios a Hitler después de haber combatido en las Brigadas Internacionales, junto con los republicanos, durante la Guerra de España. A la muerte del general Franco alentó las reivindicaciones de los vascos contra la joven democracia española, empujando a los matones de la ETA a multiplicar sus atentados a partir de ese momento y llamando a muchos simpatizantes, a abstenerse de participar en el referéndum constitucional. Por lo demás, un número creciente de vascos ha votado, desde entonces, por partidos favorables a la violencia separatista; mientras tanto, en 1991 los obispos catalanes, estimulados por el estallido de Yugoslavia, pidieron la formación de una conferencia episcopal, diferente de la de España, para sus diócesis. Lo cierto es que, comparado con el furor nacionalista de los antiguos países comunistas, todo esto son naderías.

La carnicería de Bosnia ilustra el desprecio de este nacio-

nalismo etno-cultural y comunitario por la democracia. En efecto, a la artillería serbia no le bastó con exterminar a los musulmanes y a los croatas: volvieron sus misiles contra sus compatriotas serbio-bosnios. Por un lado, los querían castigar por su fidelidad, percibida como una traición, a la concepción federal y universalista de la ciudadanía yugoslava, la cual los hizo vivir en paz con sus vecinos. Por el otro, su objetivo era expulsarlos de Sarajevo para concentrarlos en otra parte, en nombre de la "limpieza étnica". Se trata, desde luego, del vértice del horror. Sin embargo, casi en toda Europa Central y Oriental, así como en la antigua Unión Soviética, encontramos esta concepción que, al erigir en absoluto el destino de una comunidad con los sentimientos a flor de piel, pisotea la libertad de las personas y el sentido democrático. En última instancia, la soberanía pertenece a los artilleros, catequizados por sus nuevos jefes, los cuales se ocultan tras la "serbidad", o cualquier otra exaltación particularista, para acceder al poder. Esto ocurre en Yugoslavia, en Moldavia, en Armenia o en Azerbaiján. O bien, en situaciones más pacíficas, constituye un privilegio de los jefes, como en Eslovaquia o en las regiones de minorías dispersas en los Balcanes.

Un último punto. Si Polonia escapa a esta devastación se debe, paradójicamente, a Stalin, quien en 1945 la despojó de sus minorías ucranianas y lituanas, haciendo retroceder su frontera occidental hasta la línea Oder-Neisse. En otras partes, los factores externos sólo han atizado los enfrentamientos. La violencia nacionalista en Europa del Este es, en efecto y en buena medida, consecuencia de los tratados con los que se concluyó la guerra de 1914-1918. Y, más tarde, de la dominación comunista. Tras la Primera Guerra Mundial, las potencias vencedoras imaginaron que podían hacer frente a la amenaza de la extensión de la Revolución Rusa granjeándose a las pequeñas nacionalidades de Europa Central y Balcánica, a costa de despedazar el imperio Austro-Húngaro. Al mismo tiempo, Francia, en particular, quiso recompensar a su aliado serbio ofreciéndole, contra esta lógica, el dominio sobre una Yugoslavia multinacional. El despedazamiento sólo contribuyó a aislar, todavía más, a las minorías y a exasperar un poco más a los pueblos, encerrados en conglomerados multinacionales menos tolerantes que el antiguo imperio de los Habsburgo (es el caso, de nuevo, de Yugoslavia, pero también de Checoslovaquia, Rumania y la Polonia de aquella época). Además, se convirtió a Hungría en chivo expiatorio. De modo que el escenario del drama quedó esbozado entre 1918 y 1922. Pocos, como el dirigente checo Thomas Masaryk, se negaron en los años 1930 a "divinizar a la nación", para valorar, por el contrario, la idea de una democracia abierta y tolerante.

El comunismo encubría cierta ambigüedad, que se manifiesta en el lenguaje de Stalin, cuando define a la nación como "una comunidad humana, estable, históricamente constituida, nacida sobre la base de una comunidad de lengua, de territorio, de vida económica y de formación psíquica, la cual se traduce en una comunidad de cultura". Stalin se propuso reconciliar los dos nacionalismos. Por un lado, el poder comunista aduló, de un modo irrefutable y general, la identidad de las minorías y de los pueblos sometidos: les otorgó una amplia autonomía cultural, incluso los ayudó a construir una cultura; al mismo tiempo, redujo el peso de

ciertas religiones xenófobas e impulsó la práctica de una ciudadanía global, distinta a la nacionalidad particular (el derecho separaba las naciones de ciudadanía y de nacionalidad). En Yugoslavia, el croata Tito transformó a cada república confederada en una auténtica entidad autónoma y redujo la hegemonía de Serbia; por lo demás, le quitó Voivodina y Kosovo. Por otro lado, los comunistas exaltaron la fiebre patriótica de las poblaciones dominantes, o bien, le dieron ventajas a pueblos que no las tenían en el plano demográfico. Desde 1936-1937, Stalin se apoyó en los círculos de rusos blancos nacionalistas, deseosos de regresar a su país. Más tarde, durante la Segunda Guerra Mundial —y después de ella—, apostó al orgullo nacional ruso, a tal grado que incluso hoy día los rusos recuerdan, con nostalgia, la gloria de los años del stalinismo. Ceausescu hizo lo mismo en Rumania: apoyó los impulsos independentistas contra Moscú y, especialmente, confirmó la supremacía de la nación rumana —el *Neam*— sobre la minoría húngara, cada día más humillada. En Checoslovaquia, por el contrario, durante la "normalización" —1968-1969—, se dió el fenómeno inverso: se promovió a los eslovacos, en lugar de a los checos, quienes estaban comprometidos con sus dirigentes.

De modo que el comunismo fortaleció el marco material o estatal de las reivindicaciones nacionalistas y, al mismo tiempo, las contradujo con la naturaleza intolerante de su poder y su ideología. Más aún, quienes ulteriormente han conducido las transiciones no han hecho, muchas veces, sino echar aceite al fuego. En febrero de 1988 Gorbachov se abstuvo de intervenir con eficacia para sofocar el pogrom anti-armenio planificado desde el Alto Karabakh para disuadir a quienes deseaban modificar el *statu quo* territorial. Por su cuenta, los ex-comunistas Milosevic y Tudjman atizaron los sentimientos nacionalistas; el primero para reaccionar contra el federalismo igualitario de Tito, conservando los puestos de la nomenclatura serbia, y el segundo para afirmar su autoridad en Croacia. Desde este punto de vista, los políticos del antiguo régimen no están solos. En 1989-1990, Vaclav Havel cometió la imprudencia, en Checoslovaquia, de excluir de la coalición de su gobierno a los autonomistas eslovacos y moravos. Al mismo tiempo, los relativos privilegios de la minoría húngara en Eslovaquia, se han reducido desde 1990.

Si tuviera que juzgarla, diría que la fiebre nacionalista no me parece tanto una tara de "tribus" europeas, recaídas en el salvajismo, como el resultado de los últimos setenta años de historia. Como sea, debemos percibirla, ahora, como el principal obstáculo de la democratización —como su antítesis— en una amplia porción de Europa Oriental. O bien, ¿será un paso obligado hacia la democracia? Después de todo, salvo en Estados Unidos y en Suiza, la democracia nunca se ha desarrollado en el seno de un conjunto político previamente constituido. Desde este punto de vista, la democracia es un segundo paso, no el primero. Hay que observar que el antiguo universo comunista sigue el modelo clásico europeo y no la excepción suizo-americana, en la cual los fenómenos de la construcción nacional y de la formación de la ciudadanía han coincidido más o menos. Lo que debemos preguntarnos es, ¿cuánto tiempo durará esta fase previa, de ruido y furor, que debemos tomar como una auténtica revolución? ¿Y cómo acelerarla, para evacuar, cuanto antes, los escombros de los tratados posteriores a 1918 y al comunismo? *